

EL SANTUARIANO

Periódico de intereses generales

Publicación mensual

Director Eusebio M. Gómez

AÑO X

El Santuario, 31 de Julio de 1930

Nº 108

“ - : Voz de la Iglesia : - ”

MODAS INHONESTAS FEMENINAS

S. C. del Conc., 12 enero 1930; A. A. S. XXII, 26

El Santo Padre Pío XI, en virtud del supremo apostolado que divinamente ejercita en toda la Iglesia, de palabra y por escrito, no cesó nunca de inculcar las palabras de San Pablo a Timoteo: “Las mujeres vistán hábito decoroso con verecundia y modestia y... con obras buenas, como conviene a mujeres que hacen profesión de piedad”.

Más aún, muchas veces, en ocasiones oportunas, el mismo Sumo Pontífice reprobó con la mayor energía, y condenó el modo deshonesto de vestir, que hoy es costumbre aún en las mujeres y jovencitas católicas, lo cual no sólo ofende gravemente el decoro y la gracia femeninas, sino que se convierte desventuradamente en daño temporal de las mismas mujeres, y lo que es peor, en ruina eterna para ellas y para los demás.

No hay que maravillarse, por lo tanto, de que los Obispos y demás Ordinarios locales, como corresponde a los ministros de Cristo, cada uno en la propia diócesis, se hayan opuesto de todas maneras y a una voz contra esta perversa licencia y procacidad, aun sufriendo con tranquilo y fuerte ánimo las risas y burlas de que por este motivo fueron objeto por parte de los malvados. Por lo tanto, esta sagrada congregación, a la cual es confiada la disciplina del Clero y del pueblo, así como aprueba y alaba debidamente la vigilancia y acción de los sagrados pastores, así exhorta también ardientemente a los mismos, a fin de que insistan en las deliberaciones y medidas adoptadas, y con más ahinco y con todas sus fuerzas las pongan por obra hasta que esta pestífera enfermedad sea completamente ex-

tirpada de la honesta convivencia de los hombres.

Y, a fin de que estas cosas se lleven a efecto más fácil y seguramente, esta Sagrada Congregación, por orden de Su Santidad, ha establecido lo que sigue:

I.—Los párrocos, en especial, y los predicadores, en cuanto se ofrezca ocasión, según el dicho del Apóstol (II a Timoteo IV, 2), insistan, reprendan, rueguen, exhorten, a fin de que las mujeres lleven vestidos que respiren pudor y que sean ornamento y defensa de la virtud, y adviertan a los padres que no permitan a sus hijas llevar vestidos indecorosos.

II.—Los padres, recordando el gravísimo deber que les obliga a procurar la educación, sobre todo moral y religiosa, de la prole, pongan especial diligencia a fin de que las niñas, desde los primeros años, se instruyan sólidamente en la doctrina cristiana, y ellos mismos con todo celo, cultiven sus corazones, mediante la palabra y el ejemplo, el amor a la virtud de la modestia y de la castidad, y siguiendo, además, los ejemplos de la Sagrada Familia, procuren formar y gobernar la familia propia, de modo que todos sus miembros encuentren en el recinto doméstico motivo y estímulo para amar y custodiar la honestidad.

III.—Los mismos padres alejen las niñas de ejercicios públicos y cursos gimnásticos, y si éstas se viesen obligadas a intervenir, procurar que lleven vestidos enteramente honestos, y no permitan jamás que los lleven indecentes.

IV.—Las Directoras de Colegios y las maestras de escuela esfuércense en formar el ánimo de las niñas en el amor de la modestia, de modo que sean inducidas eficazmente a vestir con honestidad.

V.—Las mismas directoras y maestras, no admitan en los colegios ni en las escuelas niñas que

lleven vestidos menos honestos, sin exceptuar a sus madres, y una vez admitidas, si no se corrigen despáchense.

VI.—Las religiosas, según la carta del 23 de agosto de 1928 de la Sagrada Congregación de Religiosos, en sus colegios, escuelas, oratorios y recreatorios, no admitan las niñas si no van cristianamente vestidas y una vez admitidas, si no observan la corrección dicha, no las toleren, y además, al educar las alumnas, pongan especial cuidado a fin de que el afecto al santo pudor y a la vergüenza cristiana, eche profundas raíces en sus corazones.

VII.—Institúyanse y foméntense asociaciones femeninas que con la palabra, el ejemplo y la obra se propondrán enfrenar los abusos que se cometen en llevar vestidos contrarios a la modestia cristiana y proveer la pureza de las costumbres y la honestidad en el vestir.

VIII.—En las asociaciones piadosas femeninas no se admitan mujeres con vestidos deshonestos; y una vez admitidas, si faltan en esta materia y no se corrigen cuando se les advierta, sean expulsadas.

IX.—Las niñas y las mujeres que lleven vestidos deshonestos, no se admitan a la comunión, ni para madrinas en los sacramentos del bautismo y de la confirmación, y si llega el caso impídaseles aún la entrada a la Iglesia.

X.—Cuando durante el año haya fiestas que sean particularmente oportunas para inculcar la modestia cristiana, sobre todo las de la Virgen Santísima, los párrocos y los sacerdotes que están al frente de congregaciones piadosas, y asociaciones católicas, no dejen de recordar y recomendar en términos oportunos a las mujeres la corrección cristiana en el vestir. En la fiesta de la Inmaculada Concep-

Carta de don Toribio Ramírez

Guarinó, Julio 21 de 1930.

Señor Don Eusebio M. Gómez R.
E. L. P.

Mi estimado D. Eusebio:

Son tantas las dificultades que se pasan para conseguir posada, que no me provoca salir a las solemnes festividades que con lujo y esplendor se celebran en la parroquia, pues los trabajos que pasé el año pasado para la pernoctada en la fiesta del Sagrado Corazón, fueron tantos, que casi hice el propósito de no volver a salir hasta conseguir una modesta casita donde pudiera acomodarme con mi Bartolito. Empero, este año, con la esperanza de conseguir una mejor posada, arreglé todos mis bártulos para concurrir a la fiesta de la Patrona, mas fuí tan desafortunado como el año pasado. Parece que mi sino fuera, salir de una mala—y caer en otra peor—salir de Guatemala y llegar a Guatapeor.

Con anticipación le escribí una boletica pidiéndole posada a mi comadre Churriana Giraldo, viuda del difunto Sabas Aristizábal, la que tiene una casita pequeña, pero como mi comadre es ya una viejita sola en el mundo, y nosotros somos dos nada más, consideré esta casuchita como albergue cómodo para pasar tranquilo la Fiesta Patronal.

El día ocho de julio desde muy

(Viene de la primera)
ción, en todas las Iglesias catedrales y parroquiales, háganse a este fin especiales oraciones, no omitiéndose exhortaciones oportunas en la predicación solemne al pueblo.

XI.—En el Consejo diocesano de Vigilancia, del cual se habla en la declaración del Santo Oficio del 22 de marzo de 1928, a lo menos una vez al año estúdiense de propósito los modos y medios mejores para promover eficazmente la modestia femenina.

Y a fin de que esta acción saludable se desenvuelva en mayor eficacia y seguridad, los Obispos y los otros ordinarios locales cada tres años, juntamente con la relación referente a la instrucción religiosa de que se trata en el Motu proprio Orbem catholicum del 29 de junio de 1923, informen también a esta Sagrada Congregación acerca de las condiciones del vestido femenino y las medidas adoptadas según la presente instrucción.

(De "Sal Terre")

temprano me chanté mi ruana pastusa, cogí mi fino bastón de diomate, y con mi Bartolito, que llevaba las esteras y los cobertores, como también las substanciosas *estacas* que había mandado a cocer donde las hijas de *mana* Remigia, que son las vecinas más cercanas a mi pegujal, tomé el camino del poblado deseoso de lograr desde el primer repique de campana, hasta el último toque de chirimía, de esa música que, por lo monótona y desabrida, me agrada, y me trae dulces remembranzas, comoquiera que con sus melancólicos tañidos, parece que llorara la desaparición de una raza que en otros tiempos fué dominante feliz de estos contornos, asientos del bondadoso tamíe.

En efecto: todas las funciones de la víspera las logré, y sólo me fuí a la posada después de reventado el último cohete y de quemada la vaca-loca, y figúrese usted amigo D. Eusebio, cuál sería mi sorpresa al llegar a la posada y ver la casa de mi comadre Churriana—que es solamente una pieza de seis varas—repleta de gente, pues habían venido a pernoctar allí cristianos de todas las veredas. Acosado por la gazuza y por el sueño, no sabía qué determinación tomar en trance tan apurado, yo, que tan mal enseñado estoy al oportuno yantar cotidiano y a dormir y respirar a todas mis anchas en mi dulce y plácido pegujal. Las tripas me pedían a gritos la merienda, pero había qué aguardar el turno, porque el fogón, que lo forman cuatro piedras en el corredor de la casucha, lo tenían ocupado unas viejas pampiroadas, ladinas y pachorras, que en ollas al muderas echaban pastillas de harina y dulce, dizque para darles de merendar a más de treinta personas. Como el sueño y mi fatiga crecían y las viejas gastaban tan poco afán, pues no hacían más que hablar del prójimo y tejer chismes como se acostumbra siempre en las consejas de la gentuza incivil que tanto abunda en estos trigos de mi Señor; como no hacían más que ésto—le repito—les dije en mi desespero: —Permítanme señoras, que mientras ustedes charlotean, yo les sope el fogón y les avive la candela a ver si hierve esa chocolata, pues si dan las doce, nos tenemos qué quedar sin merendar o perder la comunión, y ésto para mí sería muy triste después de los grandes sacrificios que hice saliendo de Guarinó.

—“A tí qué te importa, viejo sopero—me contestaron llenas de ira.—Aquí no manda sino Ña Churrianita y *naide* más que ella, que nos da posada porque le *tremos quesito* y *güevos* y porque sabe que *semos* mujeres de *güen mani-jo*”.

En vista de esta actitud agresiva y amenazante de tan rústicos marimachos, resolví entrarme para la pieza a esperar con paciencia que desocuparan el fogón y también para librarme de que me santiguaran con tizones o me desollaran con agua caliente, porque así de bruscas y groseras son estas viejas, principalmente Pampirola Jiménez y Robustiana Agudelo, que, según dicen, hasta brujas han sido las condenadas.

Bartolito, que es un negro bueno, por bien, pero si le ponen banderillas le tira hasta a la sombra, medijo en voz baja: “Oiga mi amo: es una *vaina* que estas viejas nos *monten el agua*. Yo voy a mentales la más querida prenda, *pa* si se emberrinchan, *dales un pastecum* que les quede picando *per saecula saeculorum*.”

—No Bartolito—le dije—se debe disimular los procedimientos selváticos y chabacanos de quienes no han pisado una escuela y de gentes que ni siquiera se suponen que hay un Código que regula la vida social. La pelea es de gente baja e ignorante que no sofrenan los bajos instintos, pues los hombres nobles y de sentimientos generosos procuran siempre contener el *fómite* que los empuja a obrar el mal. La violencia es de bárbaros, que con el garrote, el revólver y el agudo puñal asesino dirimen las más insignificantes cuestiones, sin tener en cuenta los abismos a donde caen. ¡Cálmese, Bartolito, y déjese de entender con gente de esta calaña. Evite toda contienda—con gente que nunca aprenda—y eche por la tremenda, pues nunca hará entrar en razón—a gentes sin educación!

Bartolito, que me quiere tanto como me respeta, me atendió, que a no haber sido así, se habría convertido aquéllo en una merienda de negros.

Aterido de frío y con una gazuza de marca mayor, me senté con Bartolito en un rincón de la sala de mi comadre Churriana, la que con excesivas demostraciones de espanto y arrellenada en su toscote taburete, le contaba a los numerosos huéspedes lo que estaba pasando en la población, pues según

decía mi comadre, en esas noches anteriores se habían oído unos lamentos terribles en el marco de la plaza y que un fantasma recorría las calles sembrando el pánico en todos los vecinos. Tan patético era el relato que hacía mi comadre, que el rústico auditorio la escuchaba con estupor, y hasta yo—viejo ochentón y curado de espantos—sentía que se me erizaban los cabellos. Es que la sugestión obra tan rápidamente y es tan contagiosa, como perjudicial.

Al oír estos relatos que en realidad de verdad causan crispaturas hasta al menos camedoso, me dije para mis adentros:—En pañales está nuestra cultura si todavía creen aquí que los difuntos se salen del cementerio a asustar, y si todavía por las calles de este Santuario de mis pecados pasan Bermúdez, el Sombrerón, la Muelona y el Patasola, que en mis tiempos eran los espantos y el terror de los sencillos moradores de la incipiente aldea. En esos entonces, que había tanta ignorancia, era explicable que las brujas, los duendes y el Papasollas, infundieran terror. En mis mocedades, las ánimas benditas salían todas las noches en procesión del cementerio hasta el puente de “La Marinilla” y no faltaban ánimas que entraran hasta la población.

Así se vivía en ese tiempo, cultivando el miedo con fantasmas y demás entes y chismes que fabrican las imaginaciones enfermizas de las gentes ignorantes: no había difunto que no hablara, ni casa que no fuera visitada por las brujas venidas de Cocorná que era el Alquelarre, ni había noche que no pasara Bermúdez, caballero en un corcel galopero. Y hoy ¡qué vergüenza! a pesar de tener colegios, numerosas escuelas y centros culturales; hoy, a pesar de que se leen revistas nacionales y extranjeras, de que se leen periódicos y libros; hoy, a pesar de que los automotores con sus pitos alegres cantan por sus calles himnos al progreso, y hoy, a pesar de que la luz eléctrica desparrama su vívida luz por toda la población, hay todavía viejas rezagadas, como mi comadre Churriana Giraldo, que creen en esas zoquetadas, hijas legítimas de la ignorancia y propias tan sólo de personas enfermas de histerismo.

En estos espantosos relatos estaba mi comadre, cuando el reloj de la torre dió las doce y el fogón no lo habían desocupado. Ya no tenía más remedio que perdonar la merienda o dejar de comulgar y como cristiano, escogí lo primero, aunque mi edad y los achaques no

me permitían este sacrificio que ofrecí a mi Madre, la Chinca de mis amores. En seguida invité a Bartolito a que rezáramos el rosario para acostarnos, pero él se excusó diciéndome: —“Vea mi amo: usted sabe que yo no digo mentiras y mucho menos a mi Dios que todo lo sabe y como para rezar el rosario hay que decirle en seis veces “que nos perdone, así como nosotros perdonamos”, y yo no me siento dispuesto a perdonar a estas viejas que dejaron sin merendar a un anciano débil como usted, y no contentas con esto, lo oprobieron con insultos. Lo que es esta, no la perdono, y si no fuera por usted, que no me deja, ya habría sacado la tuna, porque la raya que traza Bartolomé Guarín, no la pisa ni el tigre”.

—Esos deseos de venganza—le dije—no cuadran bien en un cristiano. Es muy natural sentir las ofensas, pero uno no debe apacentar odios, ni contestar agresión con agresión. El Divino Maestro nos enseñó que un mal se debe pagar con un bien. Leonginos, en su vesania, hiere el costado de Cristo, y el Gran Caritativo le paga con el bien infinito de la gracia. Si todas las ofensas que nos hacen, las vengáramos, tendríamos qué vivir con los puños cerrados y en constantes riñas, en las que siempre sale maltrecha la dignidad y no pocas veces malferidas nuestras estampas. A bagatelas que no afectan el honor no se les debe dar importancia. Pierde más el que insulta que el insultado. El buen cristiano, mi querido Bartolito, perdona y olvida las injurias y el hombre hidalgo y caballero, con sus actos de diáfanidad cristalina, se coloca en una zona inaccesible a las flechas emponzoñadas del vulgo. Le vuelvo a decir, que eso de pelear es canallesco y de gentes del hampa social, que se las tiran de café con leche porque les parece mucha gracia figurar como mata-sietes y malsines. Jamás acaricie Bartolito sus bajos instintos: sogúzguelos siempre con la razón. Es tiempo de que bote el pelo de la dehesa y de que se liberte de los resabios y malos apetitos que le dejaron por herencia sus antepasados, los cananeos.

Así estaba platicándole a mi fiel Bartolito cuando mi comadre, con esos tonos dominantes que derrocha, ordenó que apagáramos las velas y nos acostáramos en completo silencio. Todos obedecemos y aquí empieza para mí el capítulo más triste de la fiesta, que se lo contaré en mi próxima carta, y no lo hago hoy por no cansarlo con una epístola kilométrica.

Usted, D. Eusebio, puede hacer de esta carta el uso que a bien tenga, con la seguridad de que mi comadre Churriana no se llamará a enojo por ello, pues es una vieja indolente, que a veces es servicial, pero en su monótono vivir no tiene más lema que darle a la bartola, roncar bien y dejar correr la bola.

Su afectísimo amigo,

Toribio Ramírez.

Voces de aliento

El Santuario, 11 de julio de 1930.

Señor Director de
EL SANTUARIANO
E. S. D.

Apreciado maestro:

Envíole mis felicitaciones por el fervido entusiasmo con que dirige y sostiene EL SANTUARIANO sin cejar ante las dificultades. Solamente un hombre como Ud., heredero de la sangre de un gran patriota, puede llevar adelante arduas empresas como ésta que exige sacrificios de dinero y de tranquilidad. Sublime misión la del periodista, pero amarga y cruel. Dice Mariano de Larra que el escritor público debe ser decorado como el jaspé, fino como el mármol, dúctil como el oro, resistente como el bronce y ardiente como el acero. Así es Ud. para llevar a cabo sus ideales. Prueba exacta de ello es el impulso que le está dando al periódico EL SANTUARIANO que es la coronación gloriosa de los que fundara en pasados tiempos y que recogerá con gratitud la historia. Empezó con “El Aldeano” en cuyas columnas se leen artículos de sabor aldeano cuando se respiraban aires patriarcales; “El Moralizador” que fué clarín y espada con que se combatió a la maldad que quiso asentar sus reales en nuestro suelo; “El Ensayo”, “El Santuario” y actualmente EL SANTUARIANO que, como dije antes, es la coronación de aquéllos y que viene a formar los laureles de sus triunfos. Deber de todos los hijos de este querido suelo es corresponder a Ud. en sus esfuerzos ayudando en toda forma al sostenimiento de EL SANTUARIANO, bien sea en su propaganda o contribuyendo con el reducido valor de la suscripción. Qué doloroso es ver en ciertos días, a mercaderes ambulantes que levantando tribuna en la plaza leen frenéticamente hojas adocenadas y engañan al pueblo vendiéndolas

HIGIENE

Otro flagelo que nos tiene hoy completamente invadidos, es la temible epidemia de viruela tan propagada en nuestro municipio debido ésto, por una parte, a que hay muchos refractarios a hacerse vacunar dizque por que la vacuna los indisponen y por otra a que no consultan las medidas que deben tomar para evitar el contagio, pues la consigna de los dolientes, es ocultar que en su casa existe la enfermedad.

Es la viruela una de las infecciones agudas más temibles y que ha producido millares de víctimas sobre todo en las épocas primitivas antes del descubrimiento y generalización de la vacuna preventiva.

La infección proviene siempre por contagio del enfermo al sano. El virus se halla en el pus de las pústulas y cuando éstas se secan, en las costras y escamas de la piel; de aquí el grandísimo peligro que presentan los individuos *descasando* en pleno comercio con sus semejantes.

Pero la enfermedad es ya contagiosa desde un principio, cuando aún no están formadas las pústulas; el virus puede formar parte de partículas pulverulentas que flotan en el aire que rodea al enfermo y de aquí el que sea suficiente para contagiarse, entrar a la habitación del enfermo.

Lo primero que debemos hacer al llegar la epidemia, es solicitar la vacunación. Está demostrado que un individuo que ha sido vacunado, se preserva de la enfermedad siempre que la vacuna le haya *prendido*.

Hay individuos resistentes a la viruela y por esta razón en ellos no prende la vacuna, pero aunque esto no suceda, debemos repetirla no sea que haya habido defecto en la técnica.

La vacuna inmuniza por 7 u 8 años pero la inmunidad no empieza hasta que la vacuna se ha seca-

(Viene de la anterior).

por lo que no valen.

Ese dinero que así se gasta en papeluchos de fondo inmundo y de forma vulgar, debiera emplearse en EL SANTUARIANO, de forma seria y de doctrina sana.

Pongámonos en guardia contra estos abusos y apoyemos lo que nos pertenece y lo que dé honor y gloria a la Patria y a Dios.

Afmo. discípulo y amigo,

José Vicente Gómez.

: Odio y venganza :

Estos vicios, contrarios a la Ley del Sinaí, causan grandes estragos en la sociedad.

Es el odio una antipatía o aversión a una persona o cosa cuyo mal se desea; y la venganza, según el teólogo Genicot, es un pecado por el cual nos inclinamos a castigar al malhechor contra el orden prescrito por la razón, ya que los ciudadanos deben valerse de la autoridad pública para castigar las ofensas.

Estos vicios se oponen a la caridad que consiste en el amor de Dios y del prójimo. Quien no practica esta virtud se aparta de su centro que es Dios, según estas palabras del Apóstol: *Deus charitas est*, Dios es caridad.

El odio y la venganza destruyen a los individuos, a la sociedad y a las naciones, y por esto vemos constantemente reyertas y homicidios aún entre las mismas familias, odios de unas poblaciones contra otras y naciones contra naciones. Muy claro demuestra esta aserción la guerra europea que principió con la muerte de un estudiante en Saragevo y se extendió como llama voraz por casi todas las naciones del Antiguo Continente.

Muchas veces causan el odio y la venganza las lenguas viperinas o chismosas que se complacen en indisponer a unas personas contra otras, y la prensa impruden-

te que muchas veces de un grano de arena hace una montaña.

El remedio contra el odio y la venganza nos lo enseñó Jesucristo en el hermoso Sermón de la Montaña, cuando dijo: "No volváis mal por mal. Al contrario, si alguno os hiere la mejilla izquierda, presentadle la derecha". En otra parte dice: "Amad finalmente a vuestros enemigos; favoreced a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian; porque si sólo amáis a los que os aman, prestáis a los que os prestan y saludáis a los que os saludan, qué premio mereceréis?"

El perdón de las injurias nos lo enseñan personas como San Juan Gualberto, quien por haber perdonado a su enemigo mereció el ósculo del señor y el honor de los altares. El hecho sucedió así: Un hombre mató a un hermano de Juan, y, según las leyes de aquel tiempo, podía un deudo del occiso dar muerte al homicida. Un viernes santo encontró Juan al asesino del hermano en un estrecho sendero donde éste no podía huír. Juan sacó la espada y el asesino se puso en forma de cruz, diciendo: "Por amor a Cristo Crucificado no me mates". Juan dejó caer la espada de su mano y le perdonó, siendo esto la causa de su santificación y de gozar hoy la aureola de los santos.

Ignacio Giraldo R.

do; de modo que un individuo recién vacunado y que aún tiene sus pústulas frescas, no está libre del ataque de la enfermedad.

El enfermo debe sufrir un aislamiento riguroso, más que el de las otras infecciones, pues ya vimos que para el contagio sólo es suficiente la entrada al cuarto del enfermo.

El enfermero debe de haber sufrido la enfermedad y debe llevar la blusa de que se habló en la fiebre tifoidea.

Durante la convalecencia, o sea cuando el enfermo está descasando, no debe salir de casa para no contagiar a los demás, pues éste es el período más peligroso para el contagio.

Sigifredo Gómez G.

Si no está Ud. suscrito a
EL SANTUARIANO
hágalo ahora mismo.

Para los jóvenes

Dice Fray Luis de Granada, y así lo aceptan todos los que saben, que las hormigas, a lo menos por la obra, sienten tanto de lo que está por venir, que se proveen en el verano para el tiempo del invierno.

Y Salomón dice: "El que allega en el tiempo del estío, es hijo sabio; mas el que se echa a dormir en este tiempo, es hijo de confusión".

He ahí la razón que hemos tenido para fundar la CAJA DE PREVISION de los socios de María Inmaculada y de San Luis Gonzaga, que, Dios mediante, llegará a ser dentro de poco tiempo la Caja Fuerte de los jóvenes Santuarianos, para el bien de nuestro querido suelo.

Y no creáis que hablamos sin fundamento, pues sólo hace falta que los jóvenes se den cuenta de las ventajas de esta institución:

Información

Fiestas

Solemnísimas han estado las fiestas religiosas que se han celebrado en este mes.

Fiesta de la Virgen del Carmen

También estuvo muy suntuosa esta fiesta. Nos alegramos grandemente al ver que esta advocación se propaga asombrosamente. Mucha parte de esta fervorosa devo-



ción a la Virgen del Carmen se debe al apostólico celo del Pbro. Ramón L. Gómez, quien trabaja con tesón por la devoción del Carmen.

Fiesta patronal de Nuestra Señora de Chiquinquirá

Largo, muy largo sería hacer la narración de la fiesta de Nuestra



Señora de Chiquinquirá, Patrona de El Santuario. Se celebró con toda la pompa que pudiera desearse, nada quedó faltando en ella: hubo grandísima concurrencia llena de fervor y entusiasmo; las funciones fueron inmejorables, y el predicador, que es uno de los números más importantes en estas

las fuerzas unidas hacen prodigios y son invencibles: una caña se rompe fácilmente, pero si juntáis muchas y las amarráis bien, ya no podréis romperlas. Cinco centavos son muy poca cosa y poco fruto darán aunque los pongáis a interés; pero si, de más de mil que son los jóvenes santuarianos, siquiera la mitad (decimos la mitad para que no se piense que hacemos castillos en el aire o que soñamos con utopías), juntan cada ocho días cinco centavos, el primer domingo tendrán veinticinco pesos oro; al cabo de un mes, cien pesos; al año, mil doscientos pesos, y antes de diez años ya tendrán un millón de pesos papel, esto sin contar los intereses; y tén-gase presente que no hace falta mucho tiempo para que el dinero se duplique. Y qué sería si algunos jóvenes en vez de cinco centavos ahorrasen diez o veinte cada ocho días antes que gastarlos en cosas inútiles y aún perjudiciales, como son, por ejemplo, los licores embriagantes?

He aquí por qué ponemos el porvenir del Santuario en tres cosas: que los jóvenes vivan en gracia de Dios; que amen la agricultura, y que hagan una buena Caja de Previsión. Lo primero, porque ya lo dijo el Señor en el Santo Evangelio: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura". Lo segundo, porque no hay fuente cierta de riquezas materiales sino la agricultura. Ahora más que nunca hemos podido observar cómo los agricultores han vivido con relativo desahogo a pesar de la crisis monetaria, pues que un pedazo de terreno por pequeño que sea, bien cultivado, no deja pasar hambre. Lo tercero, porque con la Caja de Previsión no hay por qué temer otra crisis monetaria.

En consecuencia de todo esto, tengamos muy presente que si los jóvenes y los niños de hoy logran, mediante el ahorro y la agricultura tener lo necesario para formar mañana hogares cristianos abastecidos, El Santuario tendrá qué gozar de completa tranquilidad.

Un congregante de María Inmaculada y de San Luis Gonzaga.

Pensamientos

"La fuerza no debiera olvidar jamás que al fin y al cabo la victoria es un derecho".

"Ley sin sanciones: campana sin badajo, máquina sin motor."

festividades, baste decir que fué el bien conocido orador Pbro. Marcos Botero, dignísimo hijo de El Santuario. No entramos a pormenorizar la fiesta porque ya en "El Obrero Católico" uno de nuestros corredactores hizo sucinta exposición de ella. Baste decir que nada faltó y que con placer vemos cómo todos los años toma nuevo incremento la fiesta patronal.

Fiesta de la Patria

El 20 de Julio fué celebrado con patriotismo. Hubo un hermoso desfile de los colegios y escuelas, los que rigurosamente uniformados asistieron a un solemne Tedeum promovido por el Pbro. Joaquín M. Giraldo, Director del Colegio de San Luis. La banda del Colegio tocó muy gallardamente la fiesta. A ella asistieron los colegios, las escuelas y los empleados públicos.

Prodigios del Beato Juan Bosco

Señor Director de
EL SANTUARIANO
Presente.

Para gloria de Dios y del Beato Juan Bosco, suplico se digne publicar en su acreditado periódico la siguiente gracia obtenida por la intercesión de este gran Beato. Estuve gravísimamente enfermo de neumonía y seguidamente de un fuerte tifo. Como los médicos desesperaban de mi curación, llenos de fé mis hermanos y yo pedimos mi salud por intercesión del Beato Don Juan Bosco y él no se hizo sordo a nuestra plegaria, pues fué prodigiosamente curado, y hoy disfruto de completa salud. Cumpló mi promesa haciendo publicar este favor lleno de agradecimiento.

Emilio Giraldo B.

Otro prodigio

Rafael Aristizábal Gdo. tenía un cáncer en la nariz y fueron en balde todos los medicamentos que se hizo. En las festividades que aquí se hicieron en junio último en honor de Don Juan Bosco vino Aristizábal a pedirle al Beato su curación y fué plenamente atendido; hoy está perfectamente alentado.

Granero de los pobres vergonzantes

Nuestro querido y bondadoso Párroco continúa trabajando por sostener este granero que tantos favores ha hecho. Es preciso que todos secundemos al señor Cura sin cansarnos.

LUCTUOSAS

Pedro Gómez B.— Después de una cruel y larga enfermedad, murió este joven. Nuestra condolencia para su anciano padre, nuestro estimado amigo D. Antonio José, y para sus hermanos y familiares.

Abigaíl Botero de Jiménez.— Rápida y cruel enfermedad arrebató la existencia a esta bondadosa matrona. Para el Sr. Pbro. Ignacio Botero, nuestro estimado Cura párroco, hermano de la extinta, para su esposo, hijos y familia, va nuestra cordial condolencia.

María Engracia Botero de R.— También una rápida enfermedad arrebató la vida de esta digna señora que a pesar de haber quedado sola desde hace largo tiempo, así pudo crear sus hijos y aunque muy pobre no tuvo qué mendigar un pan. Para su familia, nuestra condolencia.

María Pastora Zuluaga de A.— La existencia de esta virtuosa señora fué arrebatada por el tifo que se está propagando en esta población. Damos el más sentido pésame a toda su familia, especialmente a su digno esposo D. Jesús Arcila, al Pbro. Luis M^a Arcila hermano de éste y muy estimado amigo nuestro, y a los hijos de la digna señora extinta.

Guillermo Gómez B.— Trágica fué la muerte de este virtuoso joven, sobrino del Sr. Cura de Cocorná y del de esta Parroquia. Trabajaba en una finca en Cocorná y un palo lo llevó contra otro, lo que fué causa de su muerte, después de unas 12 horas de aporreado. Pudo confesarse y comulgar. Nuestra cordial condolencia para sus padres D. Joaquín Gómez y Doña Dolores Botero, para sus respetables tíos PP. Justiniano Gómez e Ignacio Botero y para todos sus deudos.

Jesús Ramírez de David.— También este joven héroe del trabajo rindió su vida en la flor de su edad. Para su familia nuestra condolencia sincera.

TARJETA

Evangelina Hoyos v. de Gómez e hijos,

agradecen sinceramente a todos los que de distintas maneras tomaron parte en su reciente duelo por la muerte de su nunca bien llorado esposo y padre, señor D. Marco A.

La mujer en la política



Doctor Enrique Olaya Herrera
Presidente electo de la República, de quien esperan los colombianos que cumplirá, como lo ha prometido, su magnífico programa de Gobierno, para bien de la Patria.



Os decimos—mujeres que sois la razón de la vida!— Cómo son tristes esas hojas sueltas que al lado de las nuestras alcanzan a quitar a vuestros nombres la poesía que debe acompañarlos; la deliciosa turbación que ellos saben inspirar. Esas esquinas sombrías— aunque las ilumine el sol—no merecen que sobre ellas queden vuestros nombres para ser leídos, para ser repelidos, para ser anotados, por muchos cuyas miradas no toleráis, por muchos que no tienen derecho a levantar los ojos hasta vosotras, ni a llevar en sus labios las sílabas que sólo conocen vuestros esposos, vuestros hijos o vuestros amigos. ¡Oh! mujeres—que sois la sal y el encanto de la vida—no dejéis ennegrecer vuestras manos con esa tinta de imprenta que es arma para combatientes rudos, pero no para vosotras, que sólo aspiráis a los apostolados silenciosos del hogar, cumplidos sin ruido que denuncie en las calles el temple de vuestras almas para el cumplimiento del deber.

Nosotros comprendemos lo que

debe ser en vuestros corazones la viva llama de la fe. Pero hay otra manifestación más hermosa del acatamiento de nuestra santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Llevad al pie de los altares las oraciones que representan vuestra ofrenda; decid paso allá en las naves de la Iglesia a Dios y a los santos cuánto es el amor que les profesáis y esos ruegos serán conmovedores y valiosos así, dulcemente murmurados por vuestros labios venerados, si sois matronas; por vuestras bocas admirables, si sois doncellas.

Orad, sí, en el templo o en vuestro hogar; orad por esta patria que consumen los odios y aniquilan las malas pasiones; orad, sí, por vuestro pueblo, agobiado por todas las torturas, agonizante y pobre, leproso como Job, y como él condenado a los supremos dolores. Toda vuestra alma es una oración, vale más que vuestro nombre en hojas que cubre el polvo de los caminos y manchan las miradas de los hombres.

Enrique Olaya Herrera.

Gómez G.

El Santuario, julio de 1930.

Por un olvido involuntario se nos había quedado sin publicar la siguiente tarjeta, desde hace días enviada a esta redacción:

José Jesús Ramírez, Señora y familia,

agradecen profundamente a todas las personas que de una u otra manera les expresaron su participación en su duelo por la muerte de su querida madre María Josefa Gómez v. de R.

Nacimientos en Junio

Marco Aurelio, de Andrés Giraldo y Emelia Zuluaga; Jesús Bernardo, de Roberto Serna y Mariano Gómez; Jesús Néstor, de Jesús M. Giraldo y Carmen E. Pineda; Teresa de Jesús, de Tulio Castaño e Isabel Gómez; María Edelmira, de Vicente Serna y Carmen Castaño; Rosa María, de Luis y Hortensia Ramírez; José Francisco, de José Jesús Botero y Julio Giraldo; Eva Tulia, de Manuel Ramírez y Dolores Gómez; Gabriel de los Dolo-

Los sabios creyentes

Ampere, el inmortal Ampere, inventor del telégrafo eléctrico, que es uno de los más asombrosos descubrimientos del progreso moderno, era asimismo un gran católico y fervoroso cristiano.

"El puesto de Ampere —dice José Bertrand, Secretario de la Academia de Ciencias— está al lado de Newton. Su libro es aún hoy día, la más admirable producción en el campo de la física - matemática después del libro de los principios... Su libro ha revelado una ley de atracción nueva, más compleja y más difícil de descubrir que la de los cuerpos celestes. El ha sido a la vez el Keplero y el Newton de su teoría; y sin ninguna exageración, aún el día de hoy, a medio siglo de distancia, sin dejarnos llevar de los compromisos de ninguna amistad y sin complacencia ni adulación personal de ningún género, podemos colocar el nombre de Ampere al lado de los más ilustres en la historia del espíritu y del talento humano. Ningún genio ha sido más completo".

M. Valson, en sus escritos sobre la vida íntima de Ampere, dice que la fe de este sabio

- La Copa -

Yo siembro las penas, las amarguras, el dolor y la desesperación por todas partes, arrastrando a los insondables abismos de la desgracia al hombre, a la sociedad. El bebedor que me sostiene con su mano trémula no puede esperar de mí sino un hogar desgraciado, una salud quebrantada y un sepulcro prematuro. Yo degrado al hombre racional; lo privo de su salud, entorpezo sus facultades y apago en su corazón los más sagrados afectos hasta convertirlo en bruto. Los numerosísimos jóvenes que me beben, pierden por completo su delicadeza y se hacen despreciables a los ojos de la sociedad. Yo quebranto el

corazón de la esposa,
lo lleno de acibar,
vertiendo en él
los sufrimientos
más horribles y
pongo sobre
la frente de los
inocentes hijos la
marca infamante de
la vergüenza. Yo me
encargo de llenar a más
no poder los manicomios,
orfanatorios,
asilos, lazaretos
y las cárceles.

Soy hija legítima
del
infierno;
mi amo es el
diablo y soy
su instrumento
vil de la muerte y
perdición. Produzco
todas las enfermedades
y no curo ninguna.
Soy
la peste, la
desolación, la
ruina y la muerte.

Apartaos de mí como os apartáis
de vuestro más formidable, tenaz, e im-
placable enemigo. ¡No me bebáis nunca! (To-
mado de "La Voz Católica" de Cali, Junio.—1930.)

era muy profunda.

Federico Ozanam, acababa de llegar a París, si no incrédulo, al menos en ese estado de ánimo que llamaba el P. Grati, la crisis de la fe.

Un día entró nuestro joven a una iglesia, en la que sólo había un anciano que, arrodillado cerca del altar mayor, rezaba devotamente el Rosario. Picado por la curiosidad, acercóse el joven al anciano en quien reconoció a Ampere, el ilustre inventor del electro-magnetismo, una de las mayores glorias científicas de la Francia, y de quien era gran admirador. Al conocerle, sintió tan profunda emoción, que, cayendo de rodillas, derramó abundantes lágrimas y una ferviente oración salió de sus labios. Era la victoria de la fe.

Recordando el hecho, se complacía Ozanam en decir:

El Rosario de Ampere ha conseguido de mí más que todos los libros y todos los sermones.

Al morir, habiéndosele querido leer un pasaje de la "Imitación de Cristo", contestó:

"Sé todo ese libro, porque lo llevo impreso en mi corazón".

Instaurare.

NACIMIENTOS EN

res, de Emilio Quintero y María Jesús Duque; Roberto Antonio, de Jesús M. Giraldo y Ana Jesús Ramírez; Blanca Leonor, de Antonio Mejía y Ana M. Arias; Luis Angel, de Oligario Aristizábal y Josefa Torres; Ramón Emilio, de Miguel y Evangelina Duque; Pablo Tulio, de Ricardo Duque e Inés Gómez; Oscar de Jesús, de Félix Zuluaga y María Jesús Hoyos; Berta Rosa, de Luis Ospina y Rosa Gallego; Tulio Adán, de Jesús Duque y Rosa Gómez; Víctor Alfonso, de Manuel Serna y Demetria Gómez; María Jesús, de Jesús María Giraldo y Zoila R. Aristizábal; Ramón A., de Domingo Zuluaga y Mercedes A. Arbeláez; Roberto Eduardo, de Jesús y Evangelina Gómez; Ester Sofía, de Jesús Botero y Carmen R. Gómez;

María Elisa, de Miguel Serna y Flora Gómez; Luis Antonio, de Luis Arsenio Pineda y Susana Gómez; Carlos Emilio, de José Antonio y Zoila Ramírez; Ramón José H., de Moisés Serna y Hortensia Ramírez; José Delio, de José Delio Gómez y Tulia Jiménez; Luis Aníbal, de Luis Felipe Duque y Sara E. Giraldo; Manuel José, de José Ramírez y Mariana Aristizábal; José Delio, de Evangelista Quintero y Ana Francisca Giraldo; Rosa María, de José Dolores y Teresa Montoya; Ramón Alfonso, de Lisandro Gómez y Sara E. Hoyos; María Socorro, de Esteban Gómez y Emilia Giraldo; Jesús María, de Luis Orozco e Inés Duque; Tulia Noemí de Tiberio Gómez y Ana Rosa Arcila; Clara Inés, de Jesús Antonio Ramírez y Carmen E. Zuluaga; María Edel-

mira, de Luis Quintero y Josefa Calderón; María Graciela, de Tiberio Quintero y María Calderón; María Cecilia, de Jesús Castaño y Emilia Rojas; Ester Julia, de Antonio José y Josefa Gómez; María Alicia, de Ignacio Botero y Rosa Gómez; Manuel Tiberio, de José y Carmen Giraldo; Julián Gregorio, de Tulio Jiménez y Juana Gómez; María Socorro, de Sirilo y Guiselina Quintero; Jesús Antonio, de Arsenio Salazar y Domitila Ramírez.

El crucifijo de oro

(Leyenda romántica)

I

En un solitario y profundo valle, casi oculto por las montañas que lo rodean y aprisionan, y en el

que los abetos y álamos parece que pretenden rasgar las nubes, a arañazos, con sus altísimas copas, vense las ruinas amontonadas de un antiguo y grandioso monasterio.

Las sencillas viviendas de los monjes yacen por el suelo, como ramas caídas al embate de un ciclón deshecho que tronchó corpulento roble, y la zarza y los cardos crecen enlazados con algunos rosálitos, restos del antiguo jardín; las enredaderas trepan por los troncos de los árboles frutales que aún existen. De la severa iglesia del convento apenas quedan en pie algunos lienzos de pared, horadados por ojivales ventanas, que amenazan desplomarse, por completo, y, únicamente, se conserva intacta, en medio de tanta ruina, la torre de las campanas, señoril y esbelta, cuyas piedras, cubiertas de abundante musgo, semeja desafiar, con resistencia, la acción devastadora de los años y la furia de los elementos.

En el recinto que, en otro tiempo, fué claustro, quedan algunos sepulcros de ilustres personajes, que, con sus limosnas, contribuyeron a la construcción y conservación del monasterio, y llama, entre todos la atención, el monumento colocado en uno de los ángulos, cuya estatua orante representa la figura de un obispo, cuyas manos sostienen un hermoso Crucifijo de oro. Al lado vése la efigie de un joven, con el cabello descompuesto y en actitud de huír, mientras su diestra blande, en el aire, afilado puñal.

¿Queréis saber, lectores, por qué aparece junto al cenotafio tan extraña figura?... Escuchad la vieja leyenda que, hace poco, hallé entre mis papeles más antiguos...

II

Era la noche de difuntos del año... El cielo hallábase cubierto de negras nubes, como fantasmas horribles, y dos hombres con paso firme caminaban en dirección al cercano convento.

—Bien sabes, Alvar, decía uno de ellos, ser indispensable que mañana tenga en mi poder el Crucifijo que mi padre mandó poner en la estatua orante, colocada en el sepulcro de mis mayores. Para conseguirlo he recurrido a tí. Si logras satisfacer mis deseos, mi agradecimiento no tendrá límites, y te recompensaré espléndidamente.

—Confiad en mi solicitud, señor Duque, pues aunque vuestros ascendientes salieran de la tumba para impedir mis propósitos, no lo conseguirían, dijo el llamado Al-

var, joven de carahosca, al tiempo que llegaban a los muros del convento y, ayudado por su compañero, trepaba por ellos, despreocupado. Conocedor del claustro, se introdujo en él prontamente, y llegóse, sin trabajo, hasta el sepulcro. Un silencio imponente llenaba el recinto, envuelto en densa oscuridad. Sólo, de vez en cuando, se oía el canto de la lechuza o los mugidos de un viento persistente y frío...

Las once y media daba el reloj de la torre.

La campana de la iglesia, con pausado toque, llamaba a los monjes a la oración. Estos, que envueltos en sus blancos hábitos de cartujos, y echadas las capuchas, se dirigían al templo, semejaban seres de ultratumba. El farolillo que cada uno de ellos llevaba, apenas conseguía iluminar su marcha y, al rasgar, débilmente, las espesas sombras, parecía que oscilaban las bóvedas y que los fustes y capiteles de las columnas se desprendían de sus bases.

Cuando el canto sagrado de los monjes interrumpió el misterio de la noche, abandonó Alvar la columna del claustro, tras la cual se había guarecido, para no ser visto, y avanzó, seguro de sí mismo, con los brazos extendidos, y ahogando el ruido de sus pasos en dirección al sepulcro de su antiguo señor.

El reloj daba las doce de la noche y los cenobitas comenzaban la fúnebre salmodia de los maitines de difuntos...

Alvar, llegado a la estatua, alargó la mano para cojer el Crucifijo, mas sintió, de repente, en sus miembros, una pesadez invencible que le impidió tocarlo. Los grifos, atlántides, telámones, diablos centauros que ornaban el cenotafio, revolvían sus verdosos ojos, brillantes, intensamente, en la obscuridad, para mostrarle sus afilados dientes y siniestras figuras. Alvar se llenó de pavor; pero sobreponiéndose a aquel vértigo hizo un supremo esfuerzo y se apoderó del Crucifijo, con gran rapidez.

¡Horror!... Quiso huír y no pudo, porque sintió, sobre su cuello, la presión de un forzado brazo que lo detenía. Echó mano al cinto, desenvainó el puñal y descargó un seco golpe sobre su oprobioso, que produjo, en el vacío, extraño ruido al que contestó una sarcástica carcajada, por el eco esparcida, en los ángulos del claustro, lleno de espectros... Las campanas comenzaron al instante a tocar a muerto, y Alvar notaba que las paredes contiguas le estrechaban, le oprimían y le ahogaban; quiso gritar y no le fué posible,

Vademécum económico del colombiano

I.—En tus gastos, aún en los más mínimos, no pierdas nunca de vista los intereses de tus compatriotas ni los de tu patria.

II.—No olvides que cuando compras algún producto de país extranjero, aunque ganes sólo UN CENTAVO, haces disminuir en algo la riqueza nacional.

III.—Tu dinero debe aprovechar sólo a los productores, a los comerciantes y a los obreros colombianos. Así contribuyes a crear la independencia económica de tu patria.

IV.—No profanes la tierra Colombiana, la casa Colombiana y el taller Colombiano con la presencia y el uso en ellos de máquinas o utensilios extranjeros que puedan reemplazarse por otros similares, de fabricación colombiana.

V.—No permitas nunca que se sirvan en tu mesa, carne, queso o conservas extranjeras, que harían agravio a la crianza colombiana.

VI.—Edificarás tu casa, cultivarás tu predio, y construirás las obras de tu patria, sólo con obreros y materiales Colombianos.

VII.—Te vestirás en lo posible, con telas colombianas hechas por obreros colombianos, y calzarás tus pies con zapatos colombianos.

VIII.—Ten presente que sólo los productos agrícolas Colombianos crean fuerza Colombiana.

IX.—Cuida que no te desvíen jamás de estos sabios preceptos y quédala convencido—digan lo que digan—que los mejores productos, los únicos que un colombiano debe consumir, son los productos Colombianos.

mientras, a su desesperación, respondían los fúnebres tañidos de las campanas y las estridentes carcajadas que el eco repetía...

A la mañana siguiente, cuando los monjes atravesaron el claustro, vieron junto al sepulcro de la familia del Duque, una figura de piedra que alzaba su mano armada de un puñal. Y todas las noches, al sonar las doce, las campanas que aún hay en la torre de la arruinada iglesia, solas, frenéticas, doblan a muerto y se oyen locas carcajadas por aquellos contornos...

J. Le Briz.

Este periódico ha sido editado en la TIPOGRAFIA INDUSTRIAL, Medellín, Carrera Junín, cerca a La Bastilla. Teléfono 6-0-1